

SEDE APOSTÓLICA  
SANTO PADRE  
*Benedicto XVI*

## Homilía

17<sup>A</sup> JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA 2013 - FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

# Santa Misa

2 de febrero de 2013

---

Queridos hermanos y hermanas:

En su relato de la infancia de Jesús, san Lucas subraya la gran fidelidad de María y de José a la ley del Señor. Llevan a cabo con profunda devoción todo lo que se prescribe después del parto de un primogénito varón. Se trata de dos prescripciones muy antiguas; una se refiere a la madre, y la otra al niño neonato. Para la mujer se prescribe que se abstenga durante cuarenta días de las prácticas rituales, y que después ofrezca un doble sacrificio: un cordero en holocausto y una tórtola o un pichón por el pecado; pero si la mujer es pobre, puede ofrecer dos tórtolas o dos pichones (cf. Lv 12,1-8). San Lucas precisa que María y José ofrecieron el sacrificio de los pobres (cf. Lc 2,24), para evidenciar que Jesús nació en una familia de gente sencilla, humilde, pero muy creyente; una familia perteneciente a esos pobres de Israel que forman el verdadero pueblo de Dios. Para el primogénito varón, que según la ley de Moisés es propiedad de Dios, se prescribía, a su vez, el rescate, establecido en una ofrenda de cinco siclos, que había que entregar a un sacerdote en cualquier lugar. Ello en memoria perenne del hecho de que, en tiempos del Éxodo, Dios rescató a los primogénitos de los hebreos (cf. Ex 13,11-16).

Es importante observar que para estos dos actos —la purificación de la madre y el rescate del hijo— no era necesario ir al Templo. Sin embargo, María y José quieren hacerlo todo en Jerusalén, y san Lucas

a la presencia de Dios y de su Espíritu Santo en Jesús. El Espíritu, en efecto, aletea en toda la escena de la presentación de Jesús en el Templo, en particular en la figura de Simeón, pero también de Ana. Es el Espíritu "Paráclito", que lleva el "consuelo" de Israel y mueve los pasos y el corazón de quienes lo esperan. Es el Espíritu que sugiere las palabras proféticas de Simeón y Ana; palabras de bendición, de alabanza a Dios, de fe en su Consagrado, de agradecimiento porque por fin nuestros ojos pueden ver y nuestros brazos estrechar "su salvación" (cf. Lc 2,30).

«*Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel*» (Lc 2,32): así define Simeón al Mesías del Señor, al final de su canto de bendición. El tema de la luz, que resuena en los cantos primero y segundo del Siervo del Señor, en el Deutero-Isaías (cf. Is 42,6; 49,6), está fuertemente presente en esta liturgia, que, de hecho, se ha abierto con una sugerente procesión, en la que han participado los superiores y las superiores generales de los institutos de vida consagrada aquí representados, llevando cirios encendidos. Este signo, específico de la tradición litúrgica de esta fiesta, es muy expresivo. Manifiesta la belleza y el valor de la vida consagrada como reflejo de la luz de Cristo; es un signo que recuerda la entrada de María en el Templo: la Virgen María, la Consagrada por excelencia, llevaba en brazos a la Luz misma, al Verbo encarnado, que vino para expulsar las tinieblas del mundo con el amor de Dios.

Queridos hermanos y hermanas consagrados: todos vosotros habéis estado representados en esa peregrinación simbólica, que en el Año de la fe expresa más todavía vuestra concurrencia en la Iglesia, para ser confirmados en la fe y renovar el ofrecimiento de vosotros mismos a Dios. A cada uno, y a vuestros institutos, os dirijo con afecto mi más cordial saludo y os agradezco vuestra presencia. En la luz de Cristo, con los múltiples carismas de la vida contemplativa y apostólica, cooperáis en la vida y en la misión de la Iglesia en el mundo. En este espíritu de reconocimiento y de comunión, desearía haceros tres invitaciones, a fin de que podáis entrar plenamente por la "puerta de la fe", que está siempre abierta para nosotros (cf. Carta Apostólica *Porta fidei*, 1).

Os invito, en primer lugar, a alimentar una fe capaz de iluminar vuestra vocación. Por eso os exhorto a hacer memoria, como en una peregrinación interior, del "primer amor" con el que el Señor Jesucristo caldeó vuestro corazón; no por nostalgia, sino para alimentar esa llama. Y para eso es necesario estar

de Dios; también de los sufrimientos, de los sacrificios, del don de sí mismos que los consagrados viven por amor a Dios y a los demás irradia la misma luz, que evangeliza a las gentes. En esta fiesta os deseo de modo particular a vosotros, consagrados, que vuestra vida tenga siempre el sabor de la *parresia* evangélica, para que en vosotros la Buena Nueva se viva, se testimonie, se anuncie y resplandezca como Palabra de verdad (cf. *Porta fidei*, 6). Amén.